



¡Ni en Chicago!

La famosa ciudad del lago Michigan presenció hace pocos años un rasgo de audacia, que pasó entonces por la última palabra y el *nec plus ultra* del reclamo industrial y el desparpajo mercantil.

Cantábase la ópera *Fausto* en uno de los principales teatros; y aunque aquel público archiyankee (si se me permite la palabra) está curado de espantos y sorpresas, no fué pequeño el asombro de los espectadores al contemplar en el tercer actó, en

vez del torno de Margarita, una máquina de coser.

Salió la *prima donna*, se sentó ante el poderoso artefacto, le dió impulso, y acompañada por su ruido, entonó la suave y poética balada:

*C'era un re
di Thulé...*

Apenas hubo concluído la canción y resonaron los primeros aplausos, empezaron á llover prospectos desde el paraiso, preguntando las excelencias de las máquinas Howe, Singer, Wheler-Wilson, ó quien fuera el fabricante de cuyo audaz magín surgió la idea de profanar la obra de Gounod con tan extravagante anuncio.

Aquí, donde no habíamos pasado del reclamo hecho por Eguílaz á *La Tutelar* (que Dios haya perdonado) en *La Cruz del Matrimonio*, y del que hicieron los autores de *El siglo que viene* al Bazar de la Unión, estábamos sumidos en un atraso verdaderamente vergonzoso, y era preciso dar una prueba fehaciente de nuestro modernismo y amor al progreso.

La hemos dado por fin, y de tal naturaleza, que ni en Chicago se ha ido tan lejos en esto del *puff* comercial.

Los periódicos hablaron ayer del estreno

en Martín de una obra exclusivamente destinada á anunciar un licor; y como en los estrenos de los teatros por horas se dan "rachas," tan pertinaces cuanto insufribles, ya podemos prepararnos para no ver otro género de piecicillas durante un lustro, ó un *sextercio*, que dijo el otro.

Apuesto un frasco de la Emulsión Scott contra un tarro de unguento de Holloway á que antes de quince días se da en Eslava la representación de *No más lombrices*, juguete farmacéutico-lírico, escrito para encomiar las grajeas del doctor Kamaming.

El nuevo género no dejará, al fin y al cabo, de ofrecer picantes atractivos y curiosas originalidades, en cuanto la competencia industrial comience á hacer de las suyas...—Ni habrá temor de que la comedia-anuncio contribuya á aumentar la decadencia del teatro por raciones; primero, porque es imposible que éste decaiga más; y luego, porque más vale que el carro de Téspis acabe pareciéndose á los coches de la Compañía Colonial, que á los carros de Sabatini. Juntaremos lo útil con lo agradable, y aprenderemos, con música del maestro Nieto y letra del Sr. Sobrino, en dónde se venden los calzoncillos más ventajosos y la bufarra más auténtica; cosa que, en resúmenes cuentas, no ha de contribuir tanto co-

mo otras que se ven por ahí al reblandecimiento cerebral de la generación presente.

Desde la pieza destinada á encomiar tal ó cuál clase de aguardiente, ó á recomendar unas ú otras ropas hechas, se pasará á la revista "multianunciadora," que abarque toda clase de productos y artículos, viniendo á ser un trasunto de la sección de anuncios de los periódicos.

Nada más fácil, gracias á las alegorías de mogollón y al símbolo de guardarropía que privan ahora.

Una idea se me ocurre, que me envidiarán, de seguro, más de cuatro truchimanes literarios. Se la regalo al que la quiera. De todos modos, me la habían de "timar," si me la oyeran en el café, en el saloncillo, ó en el círculo...

Título: *La cuarta plana.*

Asunto: los apuros del director de un periódico cuyos negocios van mal, y que no sabe á qué santo encomendarse para que vayan bien.

El santo aparece en el foro, con música en la orquesta y buen golpe de luz eléctrica, y resulta que no es santo, sino santa. (Digo, si se puede llamar santa á la tiple cómica, que sale muy exuberante de carnes y muy exhausta de ropas.)

Este personaje, ó *personaja*, es la Publi-

cidad, el hada que más milagros realiza en nuestros tiempos.

Para los *couplets* de salida, que han de traer mucha sal y pimienta — más pimienta que sal, — está indicado un estribillo por este estilo:

Soy, en fin, señores,
la Publicidad;
yo lo muestro todo,
yo lo exhibo todo,
yo lo enseño todo...
¡y á la vista está!

Con lo cual, y cuatro contoneos lúbricos, media docena de guiños alarmantes y las correspondientes desafinaciones, quedaría asegurado el buen éxito desde los primeros momentos.

Al tenor cómico le vendría como de molde el papel del *Reclamo*, personaje entremetido, soplón y zascandil, mientras el *Bombo* quedaba á cargo del bajo.



Intriga y acción, Dios las dé.

Ya se sabe que estas cosas no necesitan sino un par de números de música tomada al oído en una zambra de ñáñigos ó en cualquier merienda de negros; unos cuantos chistes aderezados con picrato de potasa; un vestuario pintoresco y variado, pero inspirado principalmente



en el traje conciso del primer figurín del [Paraiso,

y una apoteosis final que sirva para demostrar cómo los mayores páparos no son los que vienen de Villamorraal á Madrid.

En *La cuarta plana* podrían hacerse maravillas, personificando caprichosamente todos los productos que se anuncian en los periódicos, desde los Vinos de Arganda (coristas ebrios) hasta las Cápsulas de Co-paiba (coro de señoras); y ya que no éntre

en pormenores acerca del partido que se podría sacar del ramo de nodrizas, del de pupileras, del de prestamistas, etc., etc., permítaseme recrearme mentalmente con el feliz suceso que lograría Julio Ruiz, por ejemplo, cantando:

Soy, señores, el aceite de hígado de bacalao; yo soy el que fortifica al que está debilitao.

Y como es sabido que muchas chiquillas gracias á mí tienen buenas pantorrillas, no digo ná de cómo probaré á la que está debilitá; ¡chipé!



Si esto no arrebatava á los espectadores de buena fe y hacía enmudecer á los pícaros "reventadores," me dejo cortar las manos con que he aplaudido obras de igual jaez que han alcanzado y alcanzan todavía gran éxito en la villa y corte.

La cuarta plana marcaría el *summum* en semejante género, y si no gustaba á los señores, no por eso se perderían] los principios, más respetables que todas las colonias.

Al día siguiente se leería en *La Correspondencia*:

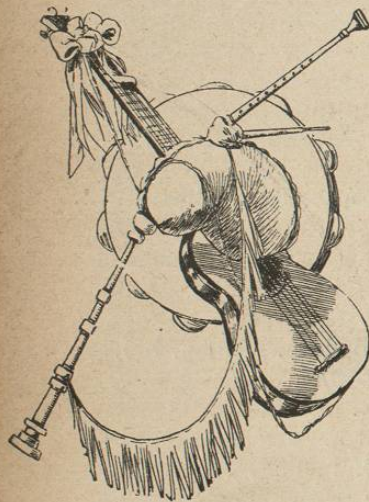
“Las patatas arrojadas anoche á la escena en el estreno de *La cuarta plana*, revista de anuncios, procedían en su mayor parte del acreditado puesto de la Jesusa, sito en la plazuela del Carmen, rincón de la derecha.

„En cuanto á la tintura de árnica que se aplicó á los autores y artistas, sabemos positivamente que procedía del laboratorio del doctor Bulipén.”

Enero de 1889.



LA FIESTA DE LA FEDERACIÓN



“El Carnaval ha muerto.”

He ahí el inevitable *cliché* que todos los años sale á relucir en los periódicos en estos días de Carnestolendas.

El Carnaval no se va. Lo que hace el Carnaval, como todas las cosas humanas y la mayor parte de las divinas, es transformarse; á lo cual viene más obli-

gado que ninguna otra institución, dado que es la institución de la máscara y el disfraz *per se*, aunque las demás instituciones lo sean también *per accidens*.

La transformación con que el Carnaval se nos ha aparecido hogaño á los madrileños, es tan pintoresca como inesperada.

Los barceloneses le habían concedido, al personificarle, honores regios y "mayestáticos," (adjetivo que pasmará á Commelerán), aclamándolo como á soberano absoluto, rodeándole de ostentosa corte, y hartándole de bufonescos homenajes; pero sin duda se ha cansado Su Majestad de ejercer de monarca á lo Carlos VII, porque este año le ha entrado la gana—lo mismo que á su carnavalesco colega el de Borbón—de hacer como que se liberaliza.

Así es que la desesperación ha venido á amargar los puros goces de los intransigentes é integristas, que también el Carnaval los tiene, y ahí están, sin ir más lejos, el hombre del higuí, el moro de Ferreras y los concurrentes al entierro de la sardina, fieles representantes todos ellos de nuestras venerandas tradiciones.

El Carnaval de puro hilo tradicionalista, sin mezcla de algodón moderno, se ha adulterado notablemente en Madrid por obra y gracia de las comparsas que de diferentes

provincias han venido este año á aumentar el tropel de pedigueños musicales que recorren nuestras calles, plazas y paseos.

Y es tanto el número de estas comparsas regionales, y tal su diversidad, que vienen á convertir al Carnaval, diversión propia de los pueblos sometidos al despotismo, en una especie de fiesta de la Federación.

Ignoro si este género de alegre propaganda será del todo grato al Sr. Pi y Margall, en cuyo programa no entra seguramente hacer el pacto

al son de las guitarras
y las panderas;

pero ello es que á los que, sin ser federales, tenemos vivo y despierto el espíritu de región, nos causa impresión muy agradable ver este revuelto conjunto de aragoneses, valencianos, andaluces, maragatos y gallegos, animando las calles de la capital con sus músicas peculiares y sus trajes característicos.

Y pese á Ricardo de la Vega, que en su nueva revista *El año pasado por agua* satiriza la federación, representándola en una



cacofónica confusión de los bailes de todas las regiones, el pintoresco conjunto que señalo aumentará grandemente en valor y ganará en armonía



cuando en años sucesivos, y vista la excelente acogida que Madrid tributa á esta representación del país— bastante más amena y genuina que la parlamentaria— alternen con las rondallas de Aragón, las comparsas andaluzas y las danzas leonesas, el *aurrescu* de los eúskaros y la *sardana* de los catalanes.

Cuando Ticknor ó Washington Irving— no recuerdo á punto fijo cuál de estos dos escritores norteamericanos— estuvo en Madrid allá por el año 1828, lo que más hubo de sorprenderle y cautivarle la atención, fué el picante y extraño contraste que ofrecían en plena Puerta del Sol los pes-

caderos maragatos, con sus anchas calzas y rojos coletos, junto al valenciano, vendedor de naranjas ó de *agua e sebá*, con sus zaragüelles y su morisco pañuelo de seda; el traficante salamanquino, con su traje de charro, junto al aragonés, con el suyo de baturro; el catalán, con su barretina, pasando al lado del vascongado, con su boina; y el aguador gallego, que todavía usaba las prendas típicas de la tierra, marchando detrás del catalán ó del torero, que venía á hacer brillar bajo el cielo de Madrid la flor de la majeza andaluza.

Y advertiría probablemente el literato *yankee* que este pueblo, sin quererlo ni pensarlo, y sin comerlo ni beberlo, tenía bastante más de federal, bajo la brutal férule del rey Fernando, que la república de los Estados Unidos, organizada bajo un sistema basado en la convención más bien que en las leyes históricas y en la diversidad de condiciones.

Aquel espectáculo que hace sesenta años se veía á diario en la Puerta del Sol—y que ahora nos parecería



carnavalesco, porque ya no lo vemos más que en Carnaval — ha ido desapareciendo lenta, pero continuamente, ni más ni menos que le ha acontecido á la media luna, así en el continente europeo como en el redondel español.

Tan enmascarados y disfrazados andamos durante todo el año, fieles al axioma de Larra, que se necesita nada menos que la venida del Carnaval para aparecer tales como somos, disfrazándonos... de nosotros mismos.

¿A qué tiempos habremos venido á parar, y cuál no será el estado de perpetua falsificación en que vivimos, que sólo en Carnestolendas no es dado ver por ahí andaluces legítimos, aragoneses auténticos y castellanos de verdad?

Eso sí; lo mismo que el gallego del cuento, todos vienen *pidiendu*, ninguno viene *dandu*. De donde se deduce que si el Carnaval madrileño se va convirtiendo en una especie de fiesta de la Federación, esta federación viene á ser... la de la Necesidad.

Así, en días de máscaras, aparece España tal cual es bajo su actual régimen; y así, en cuanto vuelve el estado normal, recobramos nuestro pobre y maltrecho antifaz de supuesta potencia europea.

Marzo de 1889.



¿LA TIENE USTED?

No se oye otra cosa en el Madrid que "alterna," que "distingue," y que trasnocha.

La gente *comm'il faut* se saluda con esa interrogación, que parece una pregunta de aquellas de doble sentido que se hacen en los juegos de prendas.

Y si es usted verdaderamente *chic* y rigurosamente *pschutt*, ora perte-